

No. 89

Cuadernillo de Poesía Colombiana
Ediciones de
Universidad Pontificia Bolivariana

ALBERTO ANGEL MONTOYA



Introducción

Por Rafael Maya

Nació en Bogotá en 1903 y allí mismo falleció en noviembre de 1970. Publicó estas obras: "El Alba Inútil", "Las Vigilias del Vino", "En Blanco Mayor", "Angulo", "El Rincón del Memorista", "Límite" y "Hay un Ciprés al Fondo".

Rafael Maya —el grande escritor payanés— escribió hace años una nota sobre Alberto Angel Montoya que nos honramos en reproducir ahora como póstumo homenaje al poeta recientemente muerto. Dice Maya:

Cuando comenzaron a publicarse los primeros versos de Alberto Angel Montoya, era el autor un hombre más conocido en los círculos mundanos que en el campo de la literatura, por manera que esos poemas llamaron la atención, no sólo por su indudable acento poético, sino por las circunstancias personales de quien así se presentaba en público, casi de súbito, y sin más antecedentes que una cierta aureola de hombre galante y de cumplido caballero. Creyóse que la publicación de esos versos era un simple capricho de "dandy" inteligente, que quería sumar a los éxitos sociales los precarios triunfos de la literatura. Se engañaron las gentes. Angel Montoya continuó publicando poemas, al mismo tiempo que pintaba telas, hasta que comenzaron a aparecer sus libros, en serie no interrumpida hasta hoy. No había, pues, más remedio que reconocer en él la continuidad de una vocación evidente. No era capricho simplemente lo que lo había impulsado a la publicidad, sino esa necesidad interior de eliminación que caracteriza al artista de verdad y que lo obliga a dar buena parte de sí mismo a un público al cual menosprecia frecuentemente. Misterios de la creación artística.

Desde un principio la poesía de Angel Montoya se caracterizó por su acento confidencial y casi autobiográfico. El poeta nos refería, en versos de factura elegante, los episodios de su vida que eran dignos de ser trasfigurados en materia lírica, y esa trasfiguración la hacía el poeta con

todos los recursos de un arte un poco decadente, en que había mucho de "fin de siglo", y de convencionalismos "todos hechos de carne y aromados de vino" como dijo Darío. Sin embargo, nadie dudaba de la verdad que encerraban aquellas audaces afirmaciones eróticas, ni mucho menos de la sinceridad lírica que les prestaba todos los halagos del ritmo y de la cadencia. Angel Montoya necesitaba dar salida al exceso de sensualidad de que estaba saturada su alma, pero sin perder nunca la aristocrática delicadeza propia del hombre que bebe la voluptuosidad en fuentes de dorada alcurnia.

Con los años aquel brillante caballero, todo simpatía y obsequiosidad, comenzó a sentir, en sus propias carnes, el dardo inevitable que arroja la vida a quienes abusan de sus dones. No fue la tragedia económica, como en el caso de Silva o de Isaacs, sino la angustia física de ir perdiendo los beneficios de la luz. A medida que el poeta y el pintor sentían en torno suyo el acecho de la sombra, Angel Montoya depuraba extraordinariamente las fuentes de su inspiración. Encontró en la oscuridad las puertas de su corazón. Nadie ha caminado con tanta lucidez por los caminos de la media noche como este poeta a quien la luz había extraviado. Los versos finales de Angel Montoya, sin perder del todo su primitivo tono, se han tornado vibrantes de emoción humana y entrañablemente añorantes, todo ello sin desgarramientos ni alaridos. Angel Montoya conocía la perfecta medida del dolor.

S O L O

- I -

Solo como el silencio de una vasta llanura
por donde nadie pasa. Como el reflejo rojo
que después de la lumbre postrera y ya en la noche
por un raro espejismo tiembla aún en el pozo.
Solo como el misántropo a quien le mata el frío
del invierno su perro. Como aquel hombre sordo
que entra en las catedrales y mirándose a solas
comienza de rodillas su ruego silencioso,
en tanto que se escuchan sonoramente bellas
y unánimes, las voces del órgano y los coros.
Solo como yo mismo. Y yo no sé de nadie
que como yo en el mundo haya estado tan solo.

Hoy me he quedado solo. Humanamente solo.

- II -

Se poblarán mañana los desolados muros
de esta mansión antigua que vio crecer la infancia.
Un andar apremiante de urgidas ambiciones
despertará del ocio las severas estancias
cuya quietud mortuoria vigilan los retratos
que hasta ayer presidieron las íntimas veladas.

Será labranza el bosque de los loados pinos
donde corrieron niños y se sombrearon canas.
Máquinas de modernos engranajes ruidosos
ocuparán los viejos pesebres y las cuadras
de los caballos raudos y los ganados lentos
que llegaron un día de las islas británicas.

- III -

Yo sé que hay un retrato que me ve desde el muro,
muerto al ayer ya ido, vivo en la luz del óleo.
Apenas sí es la sombra de un hombre en el momento
de mirarse a sí mismo y encontrarse en lo hondo
que lo superfluo esconde y en lo trivial se oculta
sí es único el talante y el gesto único y propio.

Y el retrato me mira. Me mira desde el tiempo,
muerto al ayer ya ido, vivo en la luz del óleo.
La noche pesa menos que el día entre mis manos
y al retrato me acerco, lo limito y lo toco.
Parece que el retrato me dijera en la sombra:
fue al alborear de un baile por el año veintiocho.

JUGUETE

Decir adiós es triste. ¿Y a dónde ir? Y el vano
inquirir por la muerte. Y un pensamiento fijo.
Mi angustia está cayendo de las manos del hijo
como un juguete roto. Y él me toma la mano.

¿Mas con qué voz contarle mi dolor, cuando ufano
el mundo está ofreciéndole un porvenir prolijo?
Y a mí vuelve el acento con que mi voz le dijo
hijo mío, en la cuna. Y le oprimo la mano.

Y el entonces me dice que yo soy el gigante
de sus cuentos de niño. Que por qué no lo elevo
hasta el farol que fíngela la estrella rutilante

que guió a los Reyes Magos. Y cuando al fin me atrevo
a elevarlo en las manos de mi angustia un instante,
él ríe sobre el hombro de su juguete nuevo.

ELOGIO DE LA CORDURA

Un loco, sí; un loco. Y hallar que la locura
es una subrazón; cordura incomprendida
que en anímicas zonas se refugia escondida.
¡Cómo fuera de sabio ser loco en la cordura!

Ver que la luna apenas imita la blancura
que aluna a los lunáticos. Y el sol que no convida
al misántropo escéptico cuya excéntrica vida
—oh soledad consciente— baña una luz más pura.

Y saber que la risa maniática es el lloro
que se pasmó en los ojos estáticos. Y el pasmo
de alguna estrella fija que es el único oro.

Y la mujer: terreno molde para el orgasmo;
pero molde de arcilla, que arriba hasta el decoro
de un coro de almas locas que rodean a Erasmo.

VIENTO EN LA ALCOBA

- I -

La misma alcoba de ese amor, es ésta.
Una flor seca y una copa rota.
Soledad del corgullo y voz ignota
del viento intruso, es todo lo que resta.

¿Y dónde, oh viento, el nombre y la floresta
ceceantes al par en tu remota
complicidad? Y la pregunta flota
vanamente en el viento sin respuesta.

La ventana que abrí, cerrada há tanto
tiempo al viento y al nombre, parecía
tener cuajado en su cristal el llanto.

Ella y su nombre. El viento y su porfía.
Y sobre el libro del amor y el canto,
el retrato inocente todavía.

- II -

Tiendo la mano hacia el misterio mudo
de las cosas, y al largo movimiento
palpo apenas el tránsito del viento
que no vistió de aroma y va desnudo.

Ya solo el viento. Y lo que fue y no pudo
sobrevivir al plácido momento.
Altivo trance del renunciamiento.
Y algo invádeme, lóbreo y sañado.

No es dolor que añora en la lejana
tarde del bosque el nombre descendido,
al ábrego de octubre, hoja temprana.

Ni la hoja marchita, ni el sonido
que hizo tal vez la hoja en la ventana.
Es el viento que en mí se ha detenido.

ELLA ESTUVO EN LA ALDEA

Esas mañanas, ay, de Serrezuela.
Y aquella niña con su rubia infancia.
Y aquel beso frustrado en la ignorancia
de la boca infantil y la ciruela.

Discurría del templo a la plazuela
aldeando de frutas la distancia.
Y en la fruta también. Y esa fragancia
que el traje oculta y el amor revela.

Ella estuvo en la aldea. Y cada día
a ella llegué de mi heredad cercana,
por hallar su mirada que tenía

un nuevo cielo azul cada mañana.
¡Ah del pámpano rubio que cubría
la húmeda uva de la vid temprana!

MADONAS ITALIANAS

A una invisible luz que se amortigua
y que sobre el vestido de brocado
pone reflejos de oro desmayado,
surge la dama de la tela antigua.

El rostro a media luz iluminado
luce un mirar de perspicacia ambigua
que denota la astucia y atestigua
la inocencia lo mismo que el pecado.

Firme ante el ruego de atrevida audacia
palidece la fina aristocracia
de la mano que burla el devaneo,

pero un extraño sonreír previene
que si la mano al seductor detiene
por el labio sensual vaga el deseo.

A UNA NIÑA DE ROMA

No conocí esos arcos, pero inventé la curva
sobre tu seno virgen y en tus vírgenes hombros,
oh Pionina en acecho. Tus primeros asombros
fueron míos. Tu sexo mi conquista aún conturba.

No conocí esos arcos, mas supe de la turba
conjurada que a Bruto siguió; de los escombros
de esa tu Roma eterna que restauré en tus hombros.
No conocí esos arcos... Pero inventé la curva.

Escúchame, oh Pionina tan mía: el Aretino
te enseñará que Atenas y Roma en su destino
fueron sexo y escudo, conquista noble y recia.

Mas tú eres una niña y es tarde en mi camino.
Aceptame el regalo de un verso alejandrino:
la juventud de Roma fue la vejez de Grecia.

R U I N A S

Los cristales guardianes de las viejas vitrinas
dieron paso a las joyas familiares. Las cosas
que aún rodean al hombre, son fúnebres, miedosas.
Pero es triste y soberbio retornar a las ruinas.

Es ser como son todos los crepúsculos. Finas
las maternas manos no cortarán más rosas.
Ya se tornaron negras todas las mariposas
y miméticas posan el miedo en las cortinas.

Y el miedo escala muros de esquinas tenebrosas
donde las grietas húmedas separan las esquinas
y el viento cuele un frío sin aroma de rosas.

Solo viejos retratos de faciales patinas,
ante las ruinas vastas y las restantes cosas,
contemplan orgullosos las cosas y las ruinas.

SONETO AL AMOR

Cuántas veces, Amor, por retenerte
puse a tus pies mi juventud rendida.
Y cuántas a pesar de estar herida
te la volví a entregar por no perderte.

Cuántas veces también, altivo y fuerte,
por alcanzar la gracia prometida,
me batí frente a frente con la vida,
o me hallé cara a cara con la muerte.

Y hoy, cuando mi ilusión vuelve a tu lado
trayéndole al misterio de tu hechizo
la pluma azul del pájaro encantado,

torna otra vez a mi pupila el lloro
al mirar desde el puente levadizo
que está cerrado tu castillo de oro.

NUEVO SONETO AL AMOR

Este dolor de amar que me fue dado
a cambio del amor que di sin tasa,
para el olvido que al amor traspasa
ya tiene el corazón crucificado.

Esta sangre fluyendo del costado
será al placer de ese otro amor que pasa,
dolor que hiere y júbilo que abrasa:
otro amor a nacer para olvidado.

Herir el gozo a que clamando aspira.
Sufrir gozando de saberse herido.
Oh amor con su verdad y su mentira.

Toda la angustia del amor perdido,
y el gozo triste que al amor le inspira
poder de corazón hacer olvido.

TORRE DE MARFIL

Mi alma ungida por númenes diversos
huye de los mentidos oropeles.
Tengo un jardín donde pulir mis versos,
y este jardín les basta a mis pinceles.

Obra gentil de mágicos cinceles
Diana me brinda sus contornos tersos;
y hasta mi altivo torreón, dispersos,
suben cantos de rústicos donceles.

Si abro de noche el ojival postigo
la luna baja a dialogar conmigo...
(Qué ilusa entonces la riqueza fatua!).

Si una mujer hasta mi torre llega,
es porque sabe que su euritmia griega
es música y color, verso y estatua.

EL BESO

Un pebetero erótica fragancia
de ámbar y nardo en el salón deslíe,
al par que en bronce un sátiro sonríe
impregnando de mal toda la estancia.

Verde malva es tu traje; y tu elegancia,
porque a su encanto mi pasión confíe,
mientras las copas un efebo escancia,
perversamente en el diván se engríe.

Súbito el vino tu fervor desmaya
en un rictus de amor; mi mano ensaya
buscar el seno repulido y breve.

Y cuando tu revives de la ignota
languidez pasional, mancha una gota
de sangre tibia tu mentón de nieve.

PAVO REAL

Exhibiendo sus galas de heráldica opulencia,
prismático en la gloria de la tarde estival,
el pavo presuntuoso llevó su decadencia
hasta la perfumada blancura del rosal.

Discurrió por el parque de rica florescencia,
el parque de los pinos, vetusto y señorial,
donde la fuente ejerce la lírica paciencia
de rimar siempre un mismo y eterno madrigal.

Y allí bajo el silencio del gran pinar sombrío,
desenarcó el plumaje con un gesto de hastío:
oh sus plumas de oro bajo el cielo de ayer.

Se contempló en las ondas de la fuente pagana,
y al mirarlo perderse tras la fronda cercana,
comenzaron las rosas también a envejecer.

A ELVIRA RENGIFO

Doña Elvira Rengifo, tú llegas de la leve
página de un idilio que nunca morirá.
Si al virginal mandato tu juventud se mueve,
la sombra de María por donde pasas va.

Sobre tu frente cándida qué bien está la nieve,
y en tu mirar sereno la luz qué bien está.
Bajo un clamor unánime, para tu planta breve
como un tapiz magnífico se tiende Bogotá.

Doña Elvira Rengifo, la del Valle risueño,
parece que llegaras aquí como de un sueño;
eres flor en el rostro y en el cuerpo bambú.

Si en el Valle del Cauca se agostaron un día
los lirios impolutos cuando murió María,
las rosas florecieron cuando naciste tú.

MARIA HENRIQUETA ANGEL POMBO

Si como en las historias de las nobles infantas
tú eres toda un compendio de heráldicos cantares,
qué valdrán estos versos si a tí misma hoy te cantas
con tu sola presencia nimbada de azahares.

Mas, ay, que si tu núbil doncellez adelantas
por el nupcial ambiente de místicos altares,
hasta mi sombra llega, sutil bajo tus plantas,
un eco triste, ambiguo, de gozos y pesares.

Tú, María Henriqueta, por el nombre que llevas
que maternal fue un día y en su virtud ileso
—ah de ese nombre antiguo con tus virtudes nuevas—

por toda tú y el nombre, sabrás hoy bajo el peso
dulce de la corona que hasta el amor elevas,
juntar estas dos cosas: la lágrima y el beso.

V I V I R

Quise vivir la vida como en un paraíso.
Serpiente y fruta a un tiempo tentóme la mujer.
Dócil a los pecados, y a la virtud remiso,
hostia y vino en las bocas me ha brindado el Placer.

Soberbio, y al imperio de los goces sumiso,
soñé vender el alma por miedo a envejecer.
Vana quimera inútil! El Tentador no quiso
comprarme el alma anoche cuando la fuí a vender.

Dame, Jesús, la gracia de estar entre los muertos.
No más la cruz satánica de unos brazos abiertos
donde, crucificado de amor desfalecí.

Dáme, Jesús, la tuya y ampárame en tu manto.
Yo bien merezco el premio! Que habiendo amado tanto
tengo que olvidarlo todo para quererte a Tí.

VELADA DE INVIERNO

... Y todos eran tristes: Si alguno sonreía
vagaba una tristeza fatal por su sonrisa.
Diríase que todos
llevaban un naufragio de amor en las pupilas.

Sentada entre dos amplios retablos de otras épocas
la madre les decía,
mientras que en el incendio del rojo hogar los ojos
memoraban la lumbre de las tardes perdidas:

—Fueron en otros tiempos las noches más azules.
Y nadie respondía.

Fumaban, y en la estancia los seis puntos de fuego
circuían de faros la lámpara imprecisa,
y entre la lenta bruma del humo silencioso,
la madre les decía:

—Amad cuando yo muera,
que aún es bella la vida.
Hay una fosa oculta
que espera en la capilla.
Dios velará mi sueño.
Me tornaré ceniza.

Fumaban los hermanos
y nadie respondía.

Hasta los pebeteros de cobre centenario
rodaba la ceniza.
Había en los jardines y en las almas
un lúgubre caer de hojas marchitas.
Y aquel hermano enfermo
que llegó hasta el dolor por la alegría,
pensaba en el infierno
perdido de la vida.
Aquel hermano enfermo
en cuya alma en cisne se había trocado en cuervo
pensaba en la ceniza.

Era la noche del primer invierno.
